

LA DESVERGÜENZA

POEMA JOCO-SERIO DE D. MANUEL BRETÓN
DE LOS HERREROS

I

Si el insigne Bretón hubiese dado á la
estampa este libro hace quince años,
la obra, en sí, sería indudablemente
peor de lo que es; pero hubiera hecho más
ruido que Barceló por la mar. Publicada en
1856, nadie tiene noticias de ella;—y decimos
nadie, comparando el aprecio que *La Desver-
güenza* ha obtenido de tres docenas de escri-
tores, con el alboroto nacional que ocasionaba
entonces cualquier producción del ilustre autor
de la *Marcela*.

Mas para nosotros, que desgraciadamente
tenemos mejor memoria que la generalidad
de los españoles; para nosotros, que leemos
las comedias de Bretón á nuestras solas, cuan-

do se pasan años enteros sin que los carteles de los teatros se acuerden de ellas; para nosotros, que seguimos con la vista, cariñosa y reverentemente á nuestros decanos y maestros cuando los encontramos en algún entierro de cómico (porque ya se entierra á los cómicos en sagrado, pésele á quien le pese); para nosotros, decimos, *La Desvergüenza* ha sido un acontecimiento. Su mero anuncio nos regocijó, y bien que no la consideremos una grande obra, emprendemos su juicio con el sombrero en la mano, con el corazón henchido de respeto y benevolencia, medio entusiasmados y medio melancólicos, y, para decirlo de una vez, como quien no aprecia á Bretón por ser autor de *La Desvergüenza*, sino á la *La Desvergüenza* por ser obra de Bretón.

Y es que, según nosotros, hay autores que, á costa de trabajo y de triunfos, compran el privilegio de que se toleren sus *debilidades*. Es más: si cuando un autor llega á conquistar alto nombre, se reimprimen, leen y aprecian hasta los ensayos de su adolescencia—que ayer se miraron con desdén,—y luego, cuando muere, se recogen imprimen y coleccionan hasta sus cartas particulares, ¿por qué *La Desvergüenza*, *debilidad* en doce cantos de D. Manuel Bretón de los Herreros, no ha de figurar hoy en la librería de cuantos lo han aplaudido durante más de veinte años? ¿Por qué han de ser

indiferentes el público y la prensa (*¡tu quoque!*) á la aparición de un libro que viene á traerles noticias de aquel insigne D. Manuel Bretón, representante por mucho tiempo de la musa de Moreto y Téllez; del autor de *El Pelo de la Dehesa* y de cien joyas más; del substantivo que engendró el adjetivo *bretoniano*?

II

Aunque la hayamos calificado de *debilidad* y consignado que no es una grande obra, nos apresuramos á decir que *La Desvergüenza*—producción al fin de un ingenio esclarecido—no puede menos de tener, y tiene en efecto, su importancia, su mérito particular, su fisonomía propia, y mucho, muchísimo que elogiar y enaltecer.

Empezaremos, pues, por estos elogios.

La última obra de Bretón podrá servir en edades venideras para dar á conocer el estado vulgar del habla castellana á mediados del siglo xix.—Así considerada, es todo un monumento. Nada falta en *La Desvergüenza* de cuanto mañana apetecerá un filólogo para formar idea de nuestras conversaciones privadas, de nuestra literatura no escrita, de nuestra re-

tórica casera, de las locuciones de nuestra plebe, del diccionario de nuestros políticos, de la jerga de nuestros banqueros, de la *lengua franca* de nuestros lechuguinos y del dialecto de nuestras modistas.—El galicismo voluntario, ó, por mejor decir, la palabra francesa intercalada en una oración española con objeto de demostrar que se ha pasado el Pirineo; esos *sans-façon....., s'il vous plait....., merci....., au revoir....., comme il faut*, etc., etc., que chapurramos todos; el galicismo involuntario de nuestros prohombres que *hacen política, toman acta, se hacen la barba* y *exprimen* su pensamiento en el *Congreso de los diputados*; los latinajos de obligación, —*pallida mors—quousque tandem—casus belli—ite, misa est*,—etc., y el *mío caro—bravi!—capisco—l'amo—ripetelo—tutti diavolo*, de los filarmónicos; toda esta charla madrileña, salpicada de falsa ilustración, gárrula, chispeante, deslumbradora, la encontráis rimada, ridiculizada aquí, explotada y utilizada más allá, siempre á sabiendas y con conocimiento de causa, en el poema que analizamos:

Mas no sólo en este sentido es *La Desvergüenza* un monumento, un padrón filológico, sino también por la pureza de estilo, por la propiedad castiza, por la conciencia gramatical con que está escrita, siempre que el autor habla de su cosecha. Entonces es de admirar

su profundo conocimiento de nuestro idioma, la rigurosa sintaxis, la precisa acepción de las palabras, el técnico y ajustado adjetivar que emplea constantemente, y, sobre todo, el caudal inagotable que posee de voces raras, domésticas, científicas, chabacanas, archi-líricas, clásicas y románticas; su memoria para retener los más revesados nombres de la historia y la geografía; su erudición latina, que rebosa en mil citas de la Biblia, de los clásicos, de los textos universitarios; su familiaridad con los hundidos dioses de la mitología; el desembarazo con que anda por el laberinto de aquellas fábulas enmarañadas y lo hondo que cala en las raíces griegas de nuestro idioma. En fin: su perfecto conocimiento de nombres de telas, de chismes de cocina, de herramientas de artesanos, de todas las prendas del hatillo de un recién nacido, de todos los reyes de Egipto y de todos los toreros de España, cosa es muy digna de asombro, muy peculiar de Bretón, y por supuesto, muy prodigada en *La Desvergüenza*.

Pasando ahora del estilo á la versificación, hallamos también mucho que celebrar, sin embargo de las censuras que nos merecerá en el capítulo de culpas la prodigalidad de estrambóticas rimas que resalta en esta obra.—Lo bueno que hallamos en la versificación es proverbial tratándose de este poeta: facilidad, hi-

pérbaton, sonoridad, número, cadencias armónicas, valientes censuras, forma antigua cuando quiere, fluidez inimitable á todas horas, prolija conciencia en los consonantes, y consonantes que por sí solos constituyen peripecias en el diálogo y hasta en la acción, siendo cada uno un primor, un hallazgo, un *detalle* (*pardon!*), digno de tanto estudio como estudio revela ya por sí mismo.

Seguir con la imaginación las rimas de *La Desvergüenza*, es hacer un viaje de recreo por país *accidentado* (perdón otra vez); ó por mejor decir, es desgranar un mosaico de arcaísmos, de helenismos, de orientalismos, de *caló*, de *patois*, de francés, de italiano, de español.... y de madrileño.

III

Dice el mismo Bretón en el *Prólogo* de su poema:

Que, bien sea batista ó bien retorta,
No la tela, el cosido es lo que importa.

Así se disculpa anticipadamente el autor de la falta de plan y carencia de fondo de su *Desvergüenza*.

Desde luego aceptamos el símil de la tela y

del cosido; pero debemos recordar que en tela tan grosera como *La Desvergüenza* han cosido, ó, por mejor decir, han bordado Lope, Villaviciosa, Quevedo y otros muchos ingenios de primer orden; los cuales no se limitaron, como Bretón, á lucir la igualdad y limpieza de sus correctas puntadas, sino que siempre hicieron alguna *prenda* útil. *La Mosquea* y *La Gatomagüia*, por ejemplo, tienen plan é intención; una acción evidente y otra oculta; mérito en la ejecución del bordado, mérito en el dibujo, y mérito en el epigrama, en la alusión, en la caricatura.—*La Desvergüenza* no está dibujada, no está compuesta, no tiene intención dramática.—Su trabajo, lo repetimos, es de pura forma; es un pretexto para vencer arduas dificultades de rima; es, en cierto modo, y salvos todos los respetos, una obra de dificultades y *rompecabezas* á lo *Rengifo*....

Y, si no, oigan ustedes una retahila de estos consonantes.—Tenemos á *yunque* rimando con el *Arma virumque* de Virgilio:—*Acapulco, trisulco é inculco*:—*sacra, polacra, lacra*:—*Arria, fanfarria, Alcarria*:—*Plauastro, clauastro, austro*:—*Casia, Asia, Aspasia*,— todos en una sola página.

Y, á la vuelta de la misma: *Anfiarao, nao, Menelao*—*Verbum caro*—*tímidos que*—*Diebus illis, busilis*—*Diebus nostris, Sesostris*—*jabeque*—*semper et iubique*—*sexo, inconexo*—*loe*,

roe, *incoe*—y lo que fuera interminable transcribir.

¡Trabajo pueril es éste, Sr. Bretón, indigno de vuestra edad y de vuestro talento y del buen gusto que tanto predicáis en la parte didáctica de vuestro poema! ¡Escribir una obra cuyo único mérito estriba en los consonantes, es formar una espada de tosco hierro con filo de acero, como cualquier indecente navaja!

Hay luego trances en que nuestro querido moralista se desmanda hasta recordarnos los antiguos desafueros de la poesía pícara, y nos dice chistes acerca de vicios de cuya existencia deben desentenderse los hombres bien nacidos.—Aludimos á la octava XIV del segundo canto.—¡Y eso que cuatro octavas antes hemos dejado pasar cierto *achaque* de que todavía no tienen noticias nuestros hermanitos! ¡Y eso que la *operación* de que se habla dos octavas más adelante, y el *tejemaneje* de marras, pudieran hacernos creer que para el Sr. Bretón de los Herreros no es una atrocidad hablar en público de ciertas cosas!.....

Pero ceda nuestra indignación ante la seguridad que tenemos de que el anciano poeta se propuso tan sólo hacer sonreír á otros ancianos, y en manera alguna abrir los ojos á los niños ni alzaprimar á los jóvenes, al escribir tales obscenidades.....—*Transeamus*, pues, y vamos al *fondo* del poema.

IV

En primer lugar, no hay tal poema, sino una colección de sátiras inocentes, sin ilación sin relación, sin pensamiento fijo.

Hé aquí el índice de la obra:

CANTO I. *Invocación*.—(Invoca á la *desvergüenza*, después de convencerse de que la *vergüenza* no parece por ningún lado.)

CANTO II. *Justa reparación*.—(Desagravia á las mujeres de un vapuleo que han llevado en el primer canto, y habla mucho contra los harenes.)

CANTO III. *Las Pandillas*.—(Cree D. Manuel que en Madrid existe el pandillaje, ó sea una sociedad de elogios mutuos, en lo que denota que no conoce nuestra existencia de café, donde todos se desprecian *recíprocamente*.—Truena contra las empresas *humanitarias*, diciendo que no cree en su eficacia, y desconfía de todos y de todo.—Hace bien.)

CANTO IV. *La Diplomacia*.—(Hay algunas verdades muy bien dichas, pero ya dichas por todo el mundo.)

CANTO V. *La Política*.—(Quizá el mejor, pero plagado de eclecticismo y lugares comunes.)

CANTO VI. *El Comercio*.—(Donde sólo hay este pensamiento filosófico:—*¡Que no ama al pobre quien condena el lujo!*, ya dicho por tantos, y mucha filosofía casera sobre el agio, la bolsa, la estafa, etc.)

CANTO VII. *La Literatura*.—(Hé aquí el secreto.— ¡Pueriles amarguras nacidas de la injusticia ó ingratitud del tornadizo público han llevado á Bretón á escribir este poema! — ¡Por vida de!.....)

CANTO VIII. *Artes y oficios*.—(Cree que por falta de protección de la aristocracia no tenemos hoy Velázquez y Murillos..... Nosotros, que conocemos á todos los artistas pobres de Madrid, podemos tranquilizarle en este punto. — ¡No consiste en eso!)

CANTO IX. *El valor*.

CANTO X. *El honor*.

CANTO XI.—*La virtud*.

CANTO XII.—*Miscelánea*.

V

Este es el esqueleto de la obra.

Abundan en ella muchas ideas heterogéneas; pero no tiene idea fundamental.

La obra es superficial en todo. El autor demuestra ser profundo conocedor de tipos, de

nombres, de sitios, de tradiciones; pero nunca del *alma* de las cosas.

Hace un bello paralelo entre el Madrid de hace treinta años y el Madrid de hoy, y le agradan los dos, no sabiendo con cuál que- darse.

A lo mejor su poema deja de ser *La Desvergüenza* y se olvida del asunto como objeto y del estilo satírico como forma.

Pero..... ¿qué digo? Cuando más acre quiere ser, su sátira no corroe, no excita, no indigna, no subleva.—Dijérase, si se tratase de otro hombre, que el autor no conoce ni por el forro á Juvenal.

Empieza á lo Byron, queriendo morder á cielo y tierra, despechado, violento, tremebundo, y acaba elogiándolo todo, admirando siempre, cantando á lo mejor.

Si la sátira, en los grandes maestros del género, *corrige las costumbres deleitando*, en don Manuel acontece que *sólo deleita*.

Quiere Horacio que la sátira no arranque una risa, sino una sonrisa: con Bretón se ríe uno á carcajadas.

Por lo demás, nada nuevo, nada atrevido, nada trascendental, ni tan siquiera una paradoja que haga meditar dos segundos.

En cambio, da sus consejitos para ver si arregla á los autores dramáticos con los actores.....— ¡Es un ángel! ¿Quién le mandó creer

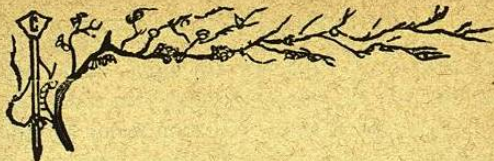
á nuestro buen patriarca que su corazón tenía hiel en que mojar la pluma, ni que su pluma se había trocado en látigo?

¿Por qué no ha escrito una obra didáctica, si se hallaba con humor de preceptista? ¿Por qué no ha escrito un poema festivo ó una novela en verso, si quería hacernos gozar de sus sales imperecederas? Y, sobre todo, insigne maestro, ¿á qué amargarse porque una ó dos comedias tuyas hayan sido mal recibidas, quien, como V., tiene ya caudal de gloria suficiente para hacerse respetar de nuestra generación y de todas las venideras?

Digo más: ¡hasta la misma *Desvergüenza* pasará á la posteridad sólo por ser obra de V.!

Y cate aquí un juicio sintético de V. y de su última obra.

Madrid, 1857.



AGUSTIN BONNAT

NECROLOGÍA

I

To sabíamos hace mucho tiempo..... ¡y él lo ignoraba!

A principios de este otoño la fúnebre noticia nos heló de espanto á todos sus amigos.—¡AGUSTÍN BONNAT se moría!..... ¡Estaba tísico!..... ¡No había esperanza!

¡El agudo folletinista, el novelista delicado, el narrador humorista y excéntrico, el que todo lo dijo siempre con la risa en la boca, el que nunca habló seriamente con el público; aquel ingenio, en fin, semi-francés, semi-alemán, raras veces español, que tan brillantemente apareció hace cinco años en el palenque de la literatura, yacía en una butaca, devorado por la fiebre, agonizando en lo mejor de su juventud, sin savia en las venas, decrepito,